

Reestructuración de los imaginarios en las culturas mineras .

Patricio Medina Hernández, Juan Carlos Rodríguez Torrent y Pablo Miranda Bown.

Cita:

Patricio Medina Hernández, Juan Carlos Rodríguez Torrent y Pablo Miranda Bown (2010). *Reestructuración de los imaginarios en las culturas mineras*. VII Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Pedro de Atacama.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vii.congreso.chileno.de.antropologia/48>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYYc/YZU>

Reestructuración de los imaginarios en las culturas mineras¹⁷¹.

Patricio Medina Hernández¹⁷²
Juan Carlos Rodríguez Torrent¹⁷³
Pablo Miranda Bown¹⁷⁴

RESUMEN

Los imaginarios siempre han sido considerados matrices de sentido y sistemas de orientación general para la población. Éstos corren de la mano con marcas urbanas y territoriales que hablan de pasados y presentes de esplendor y declinación, de ubicaciones específicas en la imagen país de las culturas del trabajo, dadas por la importancia económica de los emplazamientos y por las interrelaciones específicas entre el sistema de los objetos y de las acciones que los hombres y mujeres cultivan en los marcos de la ritualización de la vida, la que revela algunos rasgos de su identidad. En el caso de las culturas mineras, los imaginarios que acompañan a estas prácticas son fundacionalmente poderosos; además, suelen enfrentar varios problemas: 1) la declinación y oscilaciones del valor del mineral, 2) la transformación y/o extinción de las ciudades y campamentos, 3) las innovaciones tecnológicas y el fin o la obsolescencia del saber hacer histórico, 4) los procesos de subcontratación y de redefinición de las culturas del trabajo, 5) la reconfiguración de las relaciones espaciales, 6) la desvalorización de las identidades y el fin de las continuidades de los roles. En esta presentación se discuten éstos y otros ejes desde la consideración de que se trata de una cultura del trabajo, tomando como estudio de caso a Lota, la ciudad identificada con el carbón, donde los cambios implican importantes reescrituras biográficas que modifican los imaginarios mineros.

Entrado ya el siglo XXI y cerradas las minas de carbón hace más de una década (1997), Lota se muestra como una ciudad donde proliferan los mitos, leyendas e historias ricas en imaginarios desbordantes, que se basan en una época pasada gloriosa, narrada una y mil veces con anécdotas épicas, de lucha, organización, conquista, grandeza, gloria, porvenir; así como también narraciones llenas de dolor, miseria, hambre, explotación humana, muerte.

Indudablemente las figuras de Matías Cousiño y Baldomero Lillo se presentan superpuestas en representaciones de la grandeza, el desarrollo y la visión de futuro de uno, y la denuncia, la explotación, la pobreza, del otro. Ambos personajes son recordados en nombres de plazas

¹⁷¹ Este trabajo es producto del Proyecto Fondecyt 1095037, “Memorias, imaginarios y ruinas en ciudades de la utopía industrial: Lota y Taltal.

¹⁷² Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

¹⁷³ Escuela de Diseño, Universidad de Valparaíso.

¹⁷⁴ Escuela de Arte, Pontificia Universidad Católica de Chile.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

y calles, en estatuas, escuelas. Sus historias se cruzan, mostrando, de manera sintetizada, cómo opera el desarrollo del capital y el trabajo en una urbe ubicada en La Frontera y desde donde se impulsa la construcción de Chile, con imágenes que aún hoy siguen teniendo vigencia y contenido identitario para una población desorientada e insegura de su futuro.

El trabajo en la mina y la salarización constituyeron la precondition para la integración social de los sujetos. En la forma de trabajo se proyectó una significación social del mismo y, a partir de él, se constituyó un sentimiento subjetivo que hundi6 su raíz en el repertorio de posibilidades que cada hombre tuvo en este escenario social. Se constituyeron y estructuraron relaciones sociales, económicas y políticas, las cuales son cuestiones centrales para observar en el largo plazo los hitos y ajustes más fundamentales en una cultura del trabajo. Es importante revisar cómo los trabajadores se han convertido en sujetos de derecho, el surgimiento de nuevos objetivos de negociación y los contenidos de un imaginario propio.

Es por lo anterior que los antecedentes etnográficos y etnológicos registrados en los trabajos de campo, nos permiten sostener que Lota es aquello que está asociado a un imaginario histórico y sentimental. Es la construcción de una idea, de una aspiración, de la constitución de una esperanza, de la acumulación de símbolos y significaciones, del desarrollo de una experiencia organizativa, de la vivencia de la contradicción entre capital y trabajo, del ciclo de vida de un mineral y un proceso productivo. Es una memoria que otorga historicidad a la construcción del país; es la historia de una ciudad que nunca dependió de ella misma, que entra en ruina y declinación junto con sus formas de trabajo, como muchas otras ciudades de tradición minera, donde la vida misma se arruina en paralelo al deterioro de los volúmenes de la arquitectura. Me importa destacar en esta exposición, que Lota es un concepto.

Este concepto posee su escenario y sus narraciones míticas fundantes.

En su origen, Lota era un caserío insignificante, *Louta* en mapudungun, donde se encontraban piedras negras que prendían con el fuego. Hacia mediados del siglo XIX, un hombre, un visionario llamado Matías, comenzó con la extracción industrial del mineral; para ello usó y desarrolló toda la ingeniería y tecnología que tuvo a su alcance, trajo expertos mineros y especialistas europeos, agrandó los socavones y maravilló al país con su tesón y enriquecimiento. No sólo eso, además fundó una familia donde la descendencia masculina dio prósperos resultados: Luis y Carlos e incluso con la esposa de Luis, Isidora Goyenechea, quien diera esplendor y glamour exótico a tan lejanas tierras.

En Lota se podían encontrar construcciones monumentales, barcos, muelles, tren, teatro, hospital, estadio, clubes, jardines, árboles exóticos, esculturas, piletas, pavos reales; todo constituyendo el paisaje único de esta ciudad gris por el humo de las chimeneas de su fundición y las múltiples de los hogares lotinos. Se hablaban muchas lenguas por sus calles, una ciudad políglota, con arquitectura inglesa e iglesias y pastores protestantes venidos desde Europa que deambulaban por ahí junto a los mineros, por sus sinuosas calles entre los morros y rectas en Lota Bajo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Fue, a la par con el desarrollo de la ciudad, que se instaló y prosperó la industria moderna, surgiendo una nueva clase social junto a estas nuevas formas productivas y tecnológicas. Nacieron nuevos movimientos sociales y asociaciones.

Así, en la historia de la ciudad han permanecido las huellas de la vida social de los mineros y de las luchas obreras, las huelgas, la lucha de clases y las distintas manifestaciones del movimiento obrero; asociaciones políticas ligadas a socialistas y comunistas con marcadas utopías o teleologías históricas definidas. Estas luchas, estas historias están ligadas al partido y al sindicato, como principales formas de organización social.

Lota ha representado el espíritu de la lucha histórica por las reivindicaciones de los trabajadores, la lucha del proletariado y de su destino en la historia. Esta clase social es la imagen del tiempo moderno, de las luchas sociales por transformar las condiciones operantes y así conseguir una mejor vida y una nueva sociedad.

Es a partir de orientaciones basadas en proyectos sociales comunes donde los trabajadores de Lota actuaron y lucharon por forjar su futuro, basados en las acciones de un presente que se manifestaba como adverso. Es una época donde el hombre es el constructor de su propio destino.

Esta utopía se ha basado en la emoción de la esperanza, la cual ha permitido que el imaginario se desarrolle sobre estas acciones y metáforas. El imaginario se construye y se constituye con y desde otro. Desde la perspectiva de la construcción de futuro, ese *otro* es un *uno proyectado* u *otro imaginado*. Sin embargo, siempre es necesaria una constatación real, fáctica, del otro sobre el cual recae el fundamento de ese imaginario, por eso se recurre permanentemente a la hermandad con los mineros del salitre y del cobre, como a la realización del poder obrero de la Unión Soviética y de los estados socialistas.

Todo el pensamiento y la acción socialista obrera del siglo XX se manifestó en las calles, sindicatos y mina de Lota, situación que tiene su cúspide histórica de la esperanza realizada, en el gobierno socialista de Salvador Allende a principios de la década del '70. “Venceremos” decía el *slogan* que quedó truncado por la historia, concepto clave en la demostración lingüística de la esperanza y el sentido del porvenir.

En ese entonces ocurrió que, además del capital, fue la lucha obrera la que dio forma y contenido identitario, no sólo a la clase trabajadora, sino que a toda la ciudad, a través del desarrollo histórico del siglo XX. Fueron estas épicas batallas de huelgas y pliegos de peticiones las que configuraron la experiencia urbana, eso era lo que les daba visibilidad histórica, eran las acciones y construcciones sociales de los trabajadores, que llegando a ser 14.000, generaron una identificación simbiótica del trabajo con la ciudad.

El minero expresa en su himno su condición identitaria representativa:

*No le arredra al temor y no cede
al peligro que pueda encontrar,
el minero jamás retrocede,*

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS
pues su lema es siempre triunfar.

Destaca el uso de un lenguaje transversal y común, correspondiente a un universo semántico que cruza esta visión comprometida con el cambio: lucha de clases, movimiento obrero, proletariado, socialismo. Este campo semántico y de acción da cuenta de que los trabajadores del carbón, a través de sus luchas, son portadores del futuro o, al menos, éste se encuentra en sus manos y que con ello expresan no sólo su deber histórico como *sujetos*, sino con una contribución fundamental al desarrollo del país. Por eso, en esta utopía, la cual se basa en la esperanza, se fusionan la “*imaginación con la crítica*”, forma paralela de expresión de la inconformidad y de la “*visión alternativa*” de las condiciones de existencia (Alonso 2005: 30).

No obstante, este discurso-acción o praxis histórica, principal relato que da sentido a las vidas de los trabajadores y sus familias, tiene tres momentos de quiebre definitivo, los cuales afectan su identidad en términos individuales y colectivos, laborales y urbanos. Son hitos fatales y negros que dejan sin un lugar en la historia a aquellos que desarrollaron una fuerte conciencia dentro de los límites de una urbe y sociedad industrial desde el siglo XIX. Estos tres momentos y circunstancias que acabaron para siempre con las esperanzas, después de la chilenización y nacionalización de las riquezas básicas son:

1°. El Golpe de Estado de septiembre de 1973 con la instauración de la dictadura militar, lo cual implicó la negación por decreto de los partidos y asociaciones políticas, el fin de la organización sindical, la persecución y muerte de los militantes de izquierda.

2°. La caída del Muro de Berlín y el fin de los llamados socialismos reales a fines de la década del '80 y en los 90 del siglo pasado, los cuales desmoronaron las últimas utopías en torno a la posibilidad de instaurar un gobierno obrero.

3°. El cierre definitivo de la mina en 1997, lo que implicó el fin de la actividad de la clase minera y la desaparición del oficio de minero del carbón en la ciudad de Lota.

A partir de esta notificación sin retorno, se hace patente la vulnerabilidad del proyecto de vida en la ciudad. Adviene la ruina en términos materiales, simbólicos, de los objetos asociados al trabajo, perdiendo las construcciones su función. Más allá de la tragedia del desmantelamiento de las instalaciones y de la salida a remate de la maquinaria, es la vida la que se arruina y desmorona en su ligazón con la historia y la memoria, ya que toda la existencia se contrae en sus articulaciones cotidianas, y es puesta en entredicho como proyecto y como esfuerzo histórico.

La ruina se deja caer abruptamente, porque la fórmula industrial minera nos conduce a la configuración de una cultura del trabajo, a una experiencia, a relaciones con objetos y herramientas que intermedian con la naturaleza, a unas rutinas sin las cuales es impensable la identidad, en un territorio que en tiempo largo y por generaciones se ha conquistado y colonizado por los que vinieron tras un sueño. En el caso de los mineros del carbón, además, esta identidad es de riesgo diario y hasta físico: es un trabajador único y distinto, porque su tarea se realiza en la profundidad, de manera extensa y con orientación oceánica, lo que hace que su actitud sea heroica al desprenderse por horas de lo que existe en la superficie.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Es por esto que cuando cerró la mina fue tan impactante que, según testimonios recogidos en la época, *“muchos mineros no atinaban a nada, quedaron estáticos, no creían, no se daban cuenta de lo que estaba sucediendo. Estaban como idos, como noqueados”* (Carrasco 1999: 25).

Inmediatamente se introdujo el problema de la cesantía masiva y la incertidumbre de un futuro que estuvo siempre asegurado y por el cual se había luchado por generaciones. Los mineros cesantes implicaban que la ciudad completa se alteraba, ya que toda la socialización estaba relacionada con esta práctica productiva, ligada a esta experticia laboral (Grandón 1998). Era el arrebato instantáneo de un modo de vivir, de un sentido de la vida, de una tradición, afectando a las principales instituciones y a las distintas conductas sociales.

La tríada de eventos ya mencionados constituye un proceso sin retorno a la vida a la que se pertenece. A más de una década del cierre de la mina, encontramos en la ciudad sectores patrimoniales o patrimonializables donde se revelan las heridas de aquellos traumas provocados en las pérdidas, en los quiebres de la representación. El volumen de la arquitectura se transforma en ruina. Y, la ruina, como expresión de decadencia o del fin de una actividad, hace que nos encontremos frente a un espacio que permanece lleno de fantasmas, de lugares discursivos, abierto a la interpretación, lleno de contrastes estéticos entre la ciudad planificada que representa el orden urbano, y el progreso y el desorden que representa la ruina. Esto es lo que incide en la manera en que se configura la vida cotidiana, porque nada puede atestiguar su actualidad, su estar en el siglo XXI.

Por ello, la ciudad de Lota es y fue una forma específica de espacialización de los procesos sociales, ya que es expresión de un conjunto de valores, intereses, motivaciones, actitudes e instituciones que han marcado la historia; de ahí que su cultura urbana represente ese mismo sistema de acciones. En términos históricos, Lota es la personificación misma de las relaciones sociales básicas dadas por el capital y el trabajo, una identidad de clase en cuanto adscripción social; el espacio sobre el cual se mueve la reivindicación y demanda por derechos sociales y movilidad social, y el lugar donde se juegan las categorías sociales con las cuales se constituye la historia en términos diacrónicos y sincrónicos. De este modo, la sociedad lotina, y la ciudad de Lota, constituyen en perspectiva la expresión de una sociedad moderna en su sentido más pleno.

Entonces, después de esta fractura que los deja sin la base empírica con la que se pensaron históricamente ¿qué es lo que les queda después de la ausencia de este universo semántico? ¿Qué es lo que queda cuando se instala la contraimagen de la utopía sobre la ruina que revela la declinación de la ciudad? Por una parte, tenemos la pérdida del significado y el residuo de un significante vacío y, por otra, la ciudad y una infraestructura urbana e industrial que constituye la base del recuerdo; una asistencialidad del Estado y una memoria de episodios épicos a la que apunta la literatura, el cine y el relato oral.

En literatura, narraciones llenas de épica son las que se escribieron y contaron en esta ciudad de morros, lluvias, temblores y paisajes; novelas, cuentos y crónicas que aún siguen resonando y releyéndose; narraciones que quedan como testimonios de una época llena de

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

honor y gloria, pesar y pobreza, fervor y tristeza. Basta leer los escritos de Baldomero Lillo, Diego Muñoz, Guillermo Pedreros. Allí se imprimió para siempre la estampa con temple propio, aquella que daría la impronta de la imagen del minero: rudo, tiznado, luchador, reivindicativo, pobre, trabajador.

Aún en la actualidad, en el ámbito del cine y del documental, siguen realizándose producciones que trabajan esta imagen como un significante permanente y anacrónico del trabajador chileno, aquel detenido por las fotografías en sepia que se conservan en los archivos y museos.

Pero hoy encontramos una Lota diferente: unos pocos ex mineros ocupados en el turismo cultural, dedicado a recordar los tiempos idos, rescatando y reconstruyendo mitos y leyendas en torno a la mina y sus historias; muchos lotinos dedicados al pequeño comercio, otros pocos dedicados a la pesca artesanal; otros, más alejados, trabajan en torno a la agricultura; varios más trabajan en los servicios públicos, muchos relacionados con los proyectos pro empleo; sin embargo, los más están parados en las esquinas, con las manos en los bolsillos, sin más que conversar, en silencio, desocupados, a la espera de que algo ocurra, mirando y observando cualquier nuevo suceso, soportando la monotonía cotidiana eternamente repetida. Algunos vuelven a la sede de la antigua asociación sindical ¡que increíblemente todavía existe! A alguna reunión donde se tratará el tema de la cesantía, de algún nuevo subsidio o beneficio estatal y se hablará de los rumores de que es probable que se vuelva a abrir la mina; asociaciones espurias que permiten la revitalización de un movimiento imaginario que existe como resolana de un pasado de luchas y esfuerzos.

Nos encontramos con una población que ha perdido sus esperanzas históricas, un pueblo sobrepasado por los desarrollos de alternativas energéticas menos contaminantes que el carbón y que permiten mejores posibilidades de desarrollo económico para el país. Nos encontramos con cesantes que saben un hacer que no puede realizarse ya que la cualidad de su hacer ha desaparecido. Es decir, bajo las nuevas circunstancias no es posible hacer, tampoco soñar con un futuro donde se reabrirá la mina o donde se reconvertirán las formas productivas, lo que a su vez generaría nuevas formas de acción y realización.

No, lo que queda es nada, una ciudad habitada por muchos “ex”: ex socialistas o comunistas, ex mineros, ex sindicalistas, ex luchadores sociales. Lo que queda es el recuerdo y el olvido, la memoria que no logra adecuarse a las nuevas circunstancias y a los nuevos desafíos. Memorias llenas de sufrimientos y glorias. Memoria que ha quedado impregnada en los significantes arquitectónicos e ingenieriles de una ciudad que se levantó como expresión máxima del capitalismo industrial chileno.

Actualmente, en los recorridos por la ciudad, siempre se llega a la feria libre de Lota, la cual posee una superficie de unas diez cuabras aproximadamente; allí se ofrecen todo tipo de productos agrícolas: hortícolas, granos, frutas y legumbres; alimentos para los animales, animales vivos; productos del mar: pescados y mariscos, algas, cochayuyo; ropa nueva y usada, zapatos y zapatillas, sombreros, cinturones; productos para el hogar, utensilios de cocina, muebles, decoraciones; juegos y juguetes; productos de ferretería, etcétera.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Esta feria es el orgullo de los lotinos por ser “*el lugar más bullante de la ciudad*” y donde se realizan la mayor cantidad de transacciones comerciales, aunque ellas sean de menor escala. Está abierta y funcionando los 365 días del año.

Este lugar es el centro ciudadano lotino por excelencia, donde los actores sociales realizan su principal quehacer económico: el comercio. Allí se establecen múltiples situaciones de relaciones sociales que a diario convergen en estas actividades de intercambio, las cuales sobrepasan lo netamente comercial. Es allí donde, principalmente, los sujetos recrean sus identidades locales y hacen perdurar los movimientos simbólicos propios del hacer ciudad y su condición de seres urbanos.

Tarde o temprano, todos los lotinos llegan a la feria, allí se encuentran y se reconocen, ya que “*aquí todos los lotinos se conocen*”, dicen ellos.

Es decir, se produce y reproduce el vecindario urbano, la identidad y el encuentro, la localización y la confianza en la que estos sujetos pueden ser reconocidos y organizados. Se puede establecer que es allí, en la feria, donde la construcción de sujetos cobra relevancia central como sostén de una identidad consolidada a través de las generaciones y donde el hacer ciudad se constituye, ya que, como dice Appadurai, “*la relación entre la producción de los sujetos locales y los vecindarios en los que tales sujetos puedan ser producidos, nombrados y capacitados para actuar socialmente es una relación histórica y dialéctica. Sin sujetos locales confiables, la construcción de un terreno local de habitación, producción y seguridad moral no tendría ningún sentido ni interés. /.../ sin la previa disponibilidad de un terreno conocido, nombrado y negociable, las técnicas rituales para crear sujetos locales serían algo abstracto y, por lo tanto, estéril. La reproducción a largo plazo de un vecindario que sea simultáneamente práctica, valorada y tomada como algo dado y natural depende de una aceitada interacción entre los espacios y tiempos localizados y los sujetos locales en posesión del conocimiento necesario para producir lo local.*” (Appadurai 2001: 190).

En esta medida, es observable que la feria es el encuentro social urbano más importante de Lota, donde convergen las distintas generaciones y condiciones sociales, donde trabaja el mayor número de personas concentradas de la ciudad, desde donde se abastecen de la casi totalidad de los alimentos los lotinos, “*donde se gasta el dinero*”, donde siempre “*existe un espacio en el cual instalarse para vender cualquier cosa*”.

Esta feria es verdaderamente un lugar antropológico (Augé 2004), un lugar de identidad donde los procesos de enculturación y socialización son permanentes, donde los “*nuevos miembros puedan ser transformados, en forma permanente o temporaria, en sujetos locales, [ya que para ello] resulta imprescindible la existencia de lugares y espacios insertos en un vecindario espaciotemporal*” (Appadurai 2001:193).

Lota actual es observada en el proceso etnográfico como una ciudad próspera en su quehacer femenino, enraizado principalmente en este centro neurálgico del comercio cotidiano: la feria. Allí los puestos de ventas son atendidos mayoritariamente por mujeres. “*Son pocos los hombres que venden y los que hay, son los acompañantes de las mujeres. El*

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

presidente del sindicato de la feria es una mujer.” Esto siempre ha sido así, “*La feria siempre fue igual, siempre fueron mujeres las que atendían.* (Susan). La diferencia con otros tiempos ocurre en la medida en que ahora son esas mujeres la fuente principal de sustentación de la economía hogareña en las familias de los ex mineros.

Anteriormente, la generalidad histórica relegó a un papel secundario a la mujer y a sus roles, “*Mi abuela y mi madre, por ciento cincuenta años estuvieron dentro de la casa, siempre de atrás, en lo privado, tener hijos, criarlos y educarlos; hacer el pan, hacer todo lo de dentro de la casa.*”

Esto cumplía con el rol impuesto culturalmente de hombres públicos y mujeres privadas. “*Los hornos eran los únicos lugares que existían antes, de encuentro social de las mujeres*”. Claro que también “*Hay muchas mujeres que han trabajado por años en el chinchorro, han educado a sus hijos con ese trabajo.*”

Desde el cierre de la mina, y debido a la cesantía y paro de los hombres (quienes no encuentran nuevas formas de ejercer su oficio y conseguir el dinero que lleve el sustento económico al hogar) son las mujeres quienes toman la iniciativa de salir a trabajar, contra todos los patrones culturales adversos que encuentran en sus tradiciones:

Cuando salí a trabajar y a dar la lucha, mi marido se reía de mí: ‘quién te va a dar trabajo a vó, tenís cuántos años, si más encima soi chica, soi guatona’.... Hoy mi marido está orgulloso de mí. Sin embargo, se sienten avergonzados, por el ego del macho que provee, ahora quedan en la casa: lava, hace las camas....”

El ex minero se ha quedado cada vez con menos espacios públicos, ya que “*el deporte, la iglesia y el bar, son los lugares sociales de los hombres*”. Allí transcurren sus horas, así como también en el sindicato de ex mineros, y parados en las esquinas con las manos en los bolsillos como si de esperar algo se tratase.

La mujer, sin embargo, ha permanecido en su trabajo o salido de la casa a buscarlo, provocando que esa imagen femenina, por tantos años segregada a un segundo plano, surja como figura central, asomándose desde un fondo donde sólo deslumbraba el minero y su quehacer.

De esta manera, observamos y pensamos que la feminización de la ciudad, de los espacios públicos y de los quehaceres económicos, es el producto de la retirada laboral de los espacios masculinos y públicos ligados a la mina.

Por otra parte, los ex mineros se han quedado sin un hacer que los caracterice, se han quedado cesantes y sin oficio útil para realizar en algún lugar, sin fuentes productivas. Esto ha provocado no sólo la pérdida de la esperanza o una desesperanza, sino que en la inactividad, muchos han quedado sólo con la espera.

Esta espera consiste en la pérdida del deseo, de la esperanza; es, paradójicamente, no esperar nada de nadie. Es la pérdida del *otro*.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

En esta presentación, comprendemos la esperanza como una emoción y la espera como una actitud, el cierre de la mina ha provocado la pérdida de la esperanza, del sueño, de la emoción que permite la lucha permanente con asignación de sentido a una realidad que siempre se ha vivido como adversa; además, esta clausura ha dejado muchas otras emociones en los ex mineros y sus familias, principalmente, rabia y pena, paralizantes y evasivas, respectivamente. Se ha establecido en la comunidad un sentimiento de sufrimiento generalizado. Ello ha generado esta actitud particular, este modo de enfrentar la nada: la espera.

Las esperanzas son ilusiones, emociones que desarrollan el imaginario en relación a otro, por lo que permiten las acciones del presente. En esta medida las esperanzas movilizan, permiten el hacer, son proactivas, generan cambios y reconfiguraciones del presente a partir de las recontextualizaciones de la memoria. La espera en cambio, es la inacción, es la quietud, lo estático. La espera es una actitud frente a la pérdida del otro, es un modo de pararse en la cotidianidad sin construcción de futuro, sin destino, viviendo eternamente el relato conocido e inocuo, el gesto como una mueca carente de contenido. La espera no es un hacer, sino un padecer. En este sentido, la espera es la repetición de un relato truncado, sin proyección futura ni construcción, es un estancamiento. En la espera ya no hay análisis, no hay protesta, ya no más imaginación de lo que vendrá. Ya no quedan eutopías ni utopías, no quedan lugares buenos ni no lugares de la ilusión, no quedan referentes, sólo permanecen los resabios de un pasado consumado y detenido. Han desaparecido los otros reales que refuerzan la posibilidad de lo que no existe, del sueño despierto, del imaginario.

Atrás quedaron los modelos alternativos de desarrollo de los '60 y '70, Paulo Freire y la concientización, la Teología de la Liberación con sus comunidades eclesiales de base, Recabarren, el Che, Allende, el modelo soviético; atrás quedó la revolución, la construcción de una patria mejor.

Sucede que para quien espera, la realidad ya está consumada, las cosas ya han ocurrido, ocurren y seguirán ocurriendo; en cambio, para aquellos que aún tienen esperanzas, no; para ellos la realidad está por construirse.

Comprendiendo el pasado como una reorganización desde el presente de aquellas circunstancias acaecidas (una nueva figuración desde los presentes acontecimientos y vivencias) es difícil comprender el sostén de este pasado heroico y sufrido del pueblo lotino y sus mineros. Ese pasado permanece como testimonio en ruinas de lo que fue, como significativo anacrónico que ha perdido su significado y que, sin embargo, no logra resignificarlo y reconfigurarlo con un sentido, no se alcanza a retomar, a reconvertir o reinventar ese pasado que ha quedado impregnado en la mina, la literatura, arquitectura, calles y lugares que muestran la ruina y declinación de la esperanza perdida. No, en esta espera no hay resignificación, ya que en la espera no hay ficción, el imaginario ha quedado detenido, sin producción, sin reconfiguración. En esta medida lo *real* representado, sólo corresponde a lo real del pasado que ha determinado su producción. Más aún, no es el presente el que organiza ese pasado, sino que, por el contrario, en este caso es el pasado el

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

que organiza el presente y anula el futuro. En esta ocasión¹⁷⁵ la representación corresponde a la praxis que la ha organizado.

Se estancó la reinención porque no hay imaginario. Todo quedó, metafóricamente, en el cementerio. En el pasado quedó la tragedia, la lucha, la convicción, la seguridad, la conquista, la negociación. La ausencia de proyecto estabiliza la noción de espera. Se trata de la vida que viene, que acontece, no la vida que deseo y construyo. Esto ocurre ya que son “*los imaginarios sociales [los que] estructuran la memoria histórica, la experiencia social, y construyen la realidad, permitiendo sostener los sistemas de racionalización ideológicas de las sociedades*” (Banchs 2007: 52) y sin el desarrollo de estos imaginarios, sólo queda lo estancado, la espera.

Comprendemos que son las historias del pasado las que hacen del presente una interacción continua entre pasado y presente en un proyecto o proyección futura.

En términos generales, sostenemos que la espera es una condición animal, la cual observamos en los mamíferos cuando están a la espera: esperan copular y devorar (Laín 1957). Desde allí, tal vez, esta espera se ha perpetuado en una dimensión insoslayable de los hechos humanos, atávica, primaria como actitud, la cual es superada por la emoción de la esperanza cuando se introduce la temporalidad del sujeto tras un desarrollo evolutivo. Es decir, en la espera sólo está el presente, en la esperanza está el futuro involucrado.

Y en Lota, es la espera como condición social, es la espera de aquel grupo de ex mineros del carbón que ya no están en la situación, sino que a merced de la situación, donde los sujetos han quedado alienados, enajenados, perdidos de su propia condición de forjadores de su historia, rumiando una identidad detenida, narrativamente circular, escindida del quehacer social.

Estos lotinos están en su ciudad en haceres vacuos, al igual que Vladimir y Estragón en la obra de Beckett, permanecen esperando a Godot (Becket 1955), sólo eso: esperan.

En Lota, permanece la ciudad, las calles, las ruinas, los mitos, las historias, nuevos sujetos de nuevas generaciones de lotinos se desplazan por sus calles, desarrollando otros significados, otras esperanzas, otros porvenires. Sin embargo, más allá de lo evidente del transcurso de la historia, podemos constatar a estos otros lotinos, estos desplazados de la historia, aquellos que no fueron invitados a los nuevos trotes del siglo XXI, aquellos que aún esperan con sus manos en los bolsillos parados en cualquier esquina de la ciudad o en cualquier reunión de un simulacro de organización, aquellos que ya no tienen esperanzas.

Referencias citadas

ALONSO, M. N. et al., 2005. Donde nadie ha estado todavía: Utopía, retórica, esperanza. *Atenea* 491: 29-56.

¹⁷⁵ A diferencia del sentido general planteado por De Certeau 1995: 55.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

APPADURAI, A., 2001. *La modernidad desbordada*. FCE, México.

AUGÉ, M., 2004. *Los No Lugares, Espacios del Anonimato*. Ed. Gedisa, Barcelona.

BANCHS, M. et al., 2007. Imaginarios, Representaciones y Memoria Social. En *Espacios Imaginarios y Representaciones Sociales*, A. Arruda, y M. de Alba. Ed. Anthropos, Barcelona.

BECKETT, S., 1955. *Esperando a Godot*. Ed. Tusquets, Barcelona.

BLOCH, E., 2004. *El principio esperanza (1)*. Editorial Trotta, Valladolid, España.

CARRASCO, A. y M. E. VEGA, 1999. *Cuando la luz se apaga. El día que se cerró la mina de Lota*. LOM Editores, Santiago, Chile.

DE CERTEAU, M., 1995. *Historia y Psicoanálisis*. Ed. La Galera, Universidad Iberoamericana, México.

GRANDÓN, E., 1998. *El adiós del minero. Crónicas desde Lota*. Ediciones CESOC, Santiago.

KROTZ, E., 2004. *La otredad Cultural. Entre Utopía y Ciencia*. FCE, México.

LAÍN ENTRALGO, P., 1957. *La Espera y la Esperanza*. Ed. Alianza, España.

LE BRETON, D., 1999. *Antropología del dolor*. Editorial Seix Barral, Barcelona.

LILLO, B., 1904. *Subterra, Cuadros Mineros*. Imprenta Moderna, Santiago.

MUÑOZ, D., 1953. *Carbón*. Ed. Austral, Santiago.

PEDREROS, G., 1965. *Una Huelga en el Carbón*. Santiago.